



CORAZONES ARDIENTES (EL CELO APOSTÓLICO)

Corazones ardientes. Esta es la reflexión que quiero compartir para todos aquellos miembros o también amigos de la familia de Regnum Christi que os habéis juntado este fin de semana en Vizcaya. Corazones ardientes, y me parece muy importante que os hayáis juntado con la preocupación por la inoperancia de los cristianos, con la conciencia de que no estamos aportando todo lo que el Señor espera de nosotros, la que debiéramos de aportar para la tarea de la evangelización, y la extensión del Reino de Dios en el mundo.

Me vais a permitir que parta de un punto de la siguiente reflexión: si nuestros corazones no arden, el mundo morirá de frío. De ahí nace el título : corazones ardientes entonces si nuestros corazones no arden, el mundo morirá de frío.

En realidad, también esta expresión habría que matizarla, porque quizás uno podría pensar: ¿es, que acaso también no moriré yo de frío? Es que si mi corazón arde, no solamente el mundo va a morir de frío, sino que yo moriré de frío con el mundo.

Preocuparnos por el mundo es la mejor manera ocuparnos por nosotros mismos. Colaborar con Cristo por la extensión del Reino de Dios en el mundo, es la mejor manera también de cuidar nuestra propia alma.

Por lo tanto, hay que contraponer —sería una falsa dicotomía— el preocuparse por la salvación de los demás y el no preocuparse por la propia. Y es que, en el fondo, todos estamos unidos en esta vocación común. No me salvo yo a solas.

Recuerdo haber escuchado a un padre de familia, a un vasco de Tolosa, decir la siguiente expresión: a este mundo hemos venido para salvarnos, pero llevando con nosotros un ramillete, ¿no?, como un racimo de uva detrás nuestro, arrastrando a los demás. No nos salvamos a solas, nos salvamos en la medida en que hagamos de esa conciencia de responsabilidad hacia los demás nuestro santo y seña, y el ABC de nuestra vida.

Bueno, pues partiendo de este punto, yo he preparado dar una reflexión sobre cuáles son las claves, las claves para que nuestro corazón esté ardiendo, para que crezca nuestra conciencia de la necesidad de nuestra implicación en la extensión del Reino de Dios en el mundo, de esa gran responsabilidad que tenemos. Y siguiendo las tres claves teologales: la fe, la esperanza y la caridad, vemos que lo que tenemos es un problema de falta de fe, un problema de falta de esperanza y también de falta de caridad; y abordando cada una de estas tres dimensiones será la manera de que nuestros corazones sean ardientes, ardan con el corazón de Cristo y así puedan participar en esta gran tarea de la extensión del Reino de Dios en el mundo.

Falta de fe: expongo esto, en primer lugar, pues es clave para poder tomarnos en serio nuestro compromiso apostólico, ya que la fe es tener claro a dónde vamos, cuál es la meta de nuestra vida. La falta de conciencia viva, no teórica, sería como vivir de continuo en nuestra vida sin tener en cuenta que nuestra meta es la eternidad, la fe es entonces es clave porque nuestra meta es la eternidad.

Un empresario que viviese el día a día sin tener en cuenta el balance final, estaría, obviamente desorganizado y de igual forma toda la tarea de su empresa sin tener en cuenta que el balance final tiene que ser positivo. No puede ser, ¿no? Pues algo así ocurre en nuestra vida. Es decir, ¿cuál es la meta de nuestra vida? La meta definitiva es la eternidad, es la vida eterna. Luego todo hay que organizarlo en tanto y cuanto, como decía San Ignacio, en tanto en cuanto conduzca a ese fin.

No tener en cuenta esta dimensión en la vida es caminar a ciegas. Vivir en esta vida sin ser conscientes de que tenemos que morir y encontrarnos con Dios es vivir como un sonámbulo. Y si, si se puede vivir como un sonámbulo en esta vida, claro que se puede vivir como un sonámbulo. Todos aquellos que viven sin pensar en la vida eterna viven como sonámbulos. Estamos llamados a vivir despiertos, a vivir conscientes y entonces se nos recuerda que existen unos valores del Reino, y tenemos que construir en esta vida teniendo en cuenta qué es lo que va a tener trascendencia para los valores del Reino, qué es lo que va a ser capaz de traspasar las fronteras de esta vida, la vida eterna. Es como si en el momento final de la vida existiese un filtro, y ese filtro retiene ciertas cosas que no pasan a la siguiente vida, pero otras cosas sí pasan por ese filtro. Entonces, ¿qué es lo que va a quedar aquí, aquí termina sus días, y qué es lo que va a tener trascendencia para la vida eterna? Esa es la clave de fe que tiene que ordenar nuestra vida.

Alguien dijo:

—recuerdo que fui a un jesuita venerable, difunto— decía él que en el cielo nos íbamos a encontrar con una especie, con un letrado a modo de filtro para discernir lo que tiene trascendencia para la vida eterna de lo que no lo tiene. Y en ese filtro, en ese letrado, diría lo siguiente: "Lo que guardé no lo tengo, lo que tenía lo perdí, solo tengo lo que di".

De ahí va a resultar que he llegado a este último momento de mi vida, entonces, fíjate cómo son las cosas. Lo que guardé, lo que estoy acumulando en mi vida, no lo tengo aquí, llego desnudo. Lo que tenía lo perdí, solo tengo lo que di. Lo que di, lo que entregué, eso es mi, es decir solo eso es lo que traspasa la frontera de hacia la eternidad. Bueno, tener en cuenta esto es clave, es importante. No existen vientos favorables para quien no sabe a dónde va. No saber cuál es el rumbo de mi vida, la meta de mi vida hace que fácilmente quedemos ofuscados, como, yo diría, como secuestrados. Los afanes de esta vida nos pueden secuestrar plenamente. De eso somos conscientes todos de ello, que uno puede estar atrapado en lo inmediato, olvidando cuál es lo importante, atrapado en lo inmediato, siempre dejando para otro momento pues el cuidado de mi familia, el cuidado de mi tiempo para la oración, a ver si tengo tiempo para hacer oración, pero como, a ver si tengo tiempo para hacer oración, pero nos resistimos para la Eucaristía, pero como eso de no tengo tiempo. Es decir, existe un riesgo cuando uno tiene, cuando uno no se está continuamente recordando a sí mismo cuál es la meta de mi vida, en la que lo que es, es lo intrascendente, lo inmediato, que eso nos esté buscando, nos esté colapsando nuestra agenda, nos esté

de alguna manera pues impidiendo centrarnos en lo esencial. Por lo tanto, es la primera exigencia, la primera clave para poder salir de la inoperancia, para tener un celo apostólico, es no perder nunca de vista a dónde voy, ¿cuál es la meta de mi vida, si lo que llevo entre manos, va a tener trascendencia o aquí se va a quedar?

Sigamos, con el segundo obstáculo. Primero era el de la falta de fe, el segundo obstáculo es el de la falta de esperanza.

La falta de esperanza podríamos describir más o menos de la siguiente manera: pues imaginemos que hay personas, entre los que estáis ahora también viendo este vídeo, que los principios los tienen claros, han sido educados en una fe y saben, y nosotros sabemos que el destino del hombre es comparecer delante de Dios y que esta vida en el fondo, pues es transitoria, es fugaz, no sabemos, pero existe a veces también la tentación, no ya específicamente contra la fe, sino contra la esperanza. Como quien dice: "Bueno, eso está muy bien, pero yo por mi vida, por la trayectoria que he vivido, por los grandes errores que he cometido, por desgracia yo eso lo observo, esos grandes ideales cristianos son observándolos desde lejos, no, ya no son para mí". Se me escapó el tren, pues cometí grandes errores, y eso de la llamada a la santidad, a ser apóstol, a dar la vida, pues ya no es para mí.

Es hermoso, es bello, me gusta conocer que haya personas que busquen la santidad que lo hagan, les admiro, es admirable pero ya conmigo han llegado tarde, algo así, conmigo han llegado tarde. Lo mío ya es causa perdida. ¿Básicamente, eso podría, no podría ser esta dificultad de la falta de esperanza? Yo a veces me refiero de la siguiente manera: hay personas a las que les es mucho más fácil creer que Dios es el creador de las estrellas y del universo que creer que Dios a dicha persona le puede y le va a hacer santo. Me parece, si Dios es creador del mundo, de las estrellas, de todo el firmamento, sí, pero que me haga santo a mí, eso...

Es curioso que también el demonio a veces tenga esa capacidad de, sin haber conseguido robarnos la fe, sin embargo, pueda quitarnos la esperanza. Ya que la falta de esperanza es como no percatarse de que eso es lo que crees, que Dios te lo da a ti, Dios te lo ofrece. ¿Te crees acaso que Dios no es capaz, el creador del mundo, de transformar tu vida, de transformar tu alma? ¿Te crees acaso que los pecados de tu vida, de la historia de tu vida, es un impedimento para que Dios entre, lo cambie y lo renueve todo? La falta de esperanza, pues es una, es una falta de conciencia del don del Espíritu y de la capacidad de renovarnos y de nacer de nuevo. Hoy es día de gracia, hoy es día de salvación, Dios lo puede hacer hoy todo nuevo, en el acto. El sacramento del Bautismo es un renacimiento, una vida nueva, pero es que cada vez que se produce una conversión, y esa conversión puede acontecer hoy, aquí y ahora, hoy es día de gracia y es tiempo de salvación, nos da, nos da ese volvernos a introducirnos en el seno, en el seno de Dios para poder volver a producir un parto, un parto para la vida de santidad. Por lo tanto, hay que reafirmar no solo nuestra fe en Dios, sino la fe en que Dios quiere mi santidad y me llama a mí personalmente, no para ser un espectador sino para dejar de ser un espectador.

Yo me acuerdo mucho de ese cuadro maravilloso de la Vocación de Mateo de Caravaggio, que está en la iglesia de San Luis de los Franceses, allí en Roma. Es hermoso, y el Papa se ha referido algunas veces a ese cuadro. Es el momento en que Jesús entra en la estancia donde estaban Mateo, que está allí con los cambistas, en

una mesa con el dinero, y entonces entra Jesús, que tiene el cuadro un potente rayo de luz que entra detrás de Jesús y señala con su dedo a Mateo, el cual no se termina de creer que la cosa sea para él. Es más, hasta mira un poco hacia atrás diciendo: "¿qué estará mirando a otro y me estaré equivocando, pensando que Jesús no se dirige a mí?". Sí, sí, tú, no mires para atrás, te lo digo a ti, "ven y sígueme". He pensado en ti desde toda la eternidad, tú vas a formar parte... Pero si yo soy un recaudador de impuestos, soy un hombre impuro ante el israelí... Sí, pues yo te lo digo a ti, "ven y sígueme". Esta es la esperanza cristiana, esta es la esperanza cristiana, que el Señor lo renueva todo y lo hace, lo hace todo nuevo. Por lo tanto, necesitamos, para superar nuestra inoperancia y nuestra falta de celo apostólico, superar nuestra falta de fe, renovar nuestra fe, superar también la falta de esperanza, las tentaciones contra la esperanza.

Y obviamente damos un paso más, y ese paso más es el de la caridad. Una dificultad, obviamente, para ser un apóstol de Cristo es la falta de un corazón enamorado. No basta con creer, también cree en Él, dice la carta de Santiago, también creen los demonios y se condenan. Queremos un enamorarnos de Jesucristo. El amor es el capaz, es el que es capaz de arrancarnos de nuestra situación de confort, de nuestros apegos. Solamente el amor es capaz de arrancarlos, de moverlos. Recuerdo haber escuchado a una persona que se consideraba atrapada, atrapada en sus apegos, en sus comodidades, en sus vicios, en sus adicciones, se consideraba atrapada hasta que tuvo el don de conocer una chica, una chica de la que se enamoró profundamente y que, desde el primer momento de ese noviazgo, pues, inexplicablemente para él, comenzó esa relación enamorada, le dio la capacidad de romper con hábitos de vida en él, con los que él se había sentido impotente para superar. Formas de vida pues en las que uno se siente atrapado de tantas tentaciones. Y entonces resulta que fue el amor de ese noviazgo el que le dio la capacidad de nacer de nuevo, de reordenarse en su vida.

También recuerdo haber escuchado a más de un padre y de una madre que tienen la experiencia de la paternidad, de la maternidad, y ven a un niño en toda su debilidad, en toda su dependencia, que Dios les encomienda, y sabe que necesita plenamente de él, haciéndole capaz de sacrificarse por ese niño y siendo de dejar todas sus comodidades; capaz de pasar una noche sin dormir, capaz de lo que sea porque por un hijo se es capaz de todo. Es decir, es el amor. He puesto el caso del noviazgo, he puesto el caso de la paternidad, de la maternidad, en la que nos da la capacidad, nos da la capacidad de la entrega.

Bien, pues apliquemos esto a esta llamada al celo apostólico. Para poder ser instrumentos de Cristo es clave, es absolutamente necesario ser movidos por el amor de Cristo, que el amor de Cristo nos mueva, y nos conmueva, que estemos enamorados de aquello de que el corazón de Cristo nos ama. "En todo amar y servir". Ese es el lema de San Ignacio, en todo amar y servir, yo diría por ese orden, porque si no se ama no se puede servir, así de sencillo. El amor es el motor del mundo. El motor del mundo es el amor. Aunque Freud diría: el motor del mundo es el placer; Adler diría: el motor del mundo es el poder, todo el mundo las cosas las hace buscando poder. Marx diría: el motor del mundo es el dinero. Bueno, pues nosotros decimos: el motor del mundo no es el placer, ni el poder, ni es el dinero, el motor del mundo es el amor. Es el verdadero motor del mundo.

Y entonces, cuando uno ha descubierto eso, cuando ha dejado que la caridad reine en su corazón, es que se ha dejado sentir movido por el amor de Cristo, que nos elige como instrumentos suyos para amar al mundo, entonces "en todo amar y servir". Entonces el apostolado es la consecuencia lógica. "En todo amar y servir". Entonces la clave está ya terminada ... Esta es, más, si me permitís un pequeño juego de palabras: creo que para tener celo apostólico, que es el amor desinteresado, el amor de olvido de uno mismo, pues es que hay una contraposición entre celo y celos con "s". Cuando tenemos celos, tenemos envidias entre nosotros; cuando tenemos amor propio entonces carecemos de celo, carecemos de la capacidad de entregar la vida por los demás. Entonces, yo lo que digo así: más celo y menos celos, es decir, más amor desinteresado y menos amor propio. Eso es lo que mueve el mundo. Eso es lo que mueve el mundo.

Para poder tener celo, para poder tener amor de caridad, lógicamente hay que purificarse, purificarse de un amor propio, de unos hábitos adquiridos en los cuales utilizamos a las personas en vez de amarlas desinteresadamente. Todo pasa por "mí", "yo", "mí", "yo".

Jesús nos enseña a amar a fondo perdido, de una manera desinteresada. Para poder amar con amor de caridad, tenemos que llevar adelante toda una purificación de nuestra manera carnal de amar. Precisamente, la devoción del Corazón de Jesús es toda una educación del corazón para aprender a amar. Aprender a amar. La devoción al Corazón de Jesús es aprender a amar con el amor de Cristo. Dios amó con un corazón humano, el Corazón de Jesús, para que nuestros corazones puedan aprender a amar con un corazón divino. Por eso hemos querido subrayar ese amor ardiente, esos corazones ardientes, como reflexión de esta charla.

Bueno, os voy a decir algo para concluir diciendo: cuando Jesús nos dice, miro las multitudes, dice que sintió lástima y dijo porque estaban como ovejas sin pastor. cuando Dios vio que el mundo sufría; y es que a veces cuando voy por ahí viajando y a veces pasas por junto a edificios tremendos en los que viven cientos, miles de familias, sólo tú pasas y ves colmenas humanas, ¿no?, a veces piensas: "¿y quiénes viven ahí conocerán a Dios? ¿Conocerán a Jesús? ¿Estarán cerca de ese camino de la salvación?". Entonces, creo que es importante que nos duela el mundo.

Jesús, dice el Evangelio que viendo a la multitud, sintió lástima y dijo: "Rogad al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies". Así, el mundo necesita ser evangelizado, el Corazón de Jesús sufre por ver la gran necesidad que existen muchísimas almas de que el Reino de Dios llegue a ellos, y Jesús, sufre con ello.

Ahora yo me hago una pregunta: ¿yo sufro por lo que al Corazón de Jesús le hace sufrir? ¿O igual resulta que yo sufro por mi amor propio herido, por mis tonterías, por mis celos? O sea, yo sufro, y me preocupa lo que al Corazón de Jesús le preocupa? : la evangelización y el ganar almas? También voy a decir otra cosa: ¿yo me alegro por las cosas que le alegra el Corazón de Jesús? ¿O yo me alegro de vanidades, de tonterías? Es una manera de hacer una buena radiografía de nuestro corazón: ¿qué me hace sufrir y qué me da alegrías? Pero creo que nos debe hacer sufrir que el mundo no conozca a Dios, tenga tantas almas todavía que estén esperando la llegada del Reino de Dios. Y para mí mi mayor alegría tiene que ser con ser conocedor de las conversiones, y de nuevas conversiones, de que nuevas almas han conocido a

Jesucristo. Si eso es así, si mi sufrimiento es el que el mundo no conozca a Jesucristo y mi gran alegría es la noticia de más conversiones y nuevas vocaciones, a ver, entonces me estoy centrando.

Quiere decir que me estoy centrando y que me estoy capacitando para que Jesús me llame y me asocie, y me asocie a la tarea de la extensión del Reino de Dios. Que no hay nada más grande en esta vida, que ser llamado a ser colaborador con Jesucristo en la tarea de la salvación de las almas.

A ver, repito: no hay nada más importante. Estoy pensando en que alguien pues haya podido desarrollar una tarea empresarial de alta capacitación, en la ingeniería, la biotecnología, de las telecomunicaciones, y a ver, todo eso es nada, es basura comparando con lo que es ganar un alma para Dios. No hay nada mayor, no hay una dignidad mayor en la que podamos ser llamados que ser copartícipes, y que participar también en la tarea de la salvación de las almas. Por lo tanto, este es el motivo por el que yo había puesto ese título, *corazones ardientes*.

Si tu corazón no arde, el mundo morirá de frío y tú también morirás de frío. En el mundo estamos llamados a "en todo amar y servir", a reavivar nuestra fe, reavivar nuestra esperanza y reavivar la caridad. En las tres virtudes teologales tengámoslo muy claro: se concentra, pues, la llamada de Jesús a seguirle y a ser apóstoles suyos. Os doy mi bendición y me encomiendo también a vuestras oraciones para que ese encuentro vuestro sea un encuentro en el cual toda la Iglesia recibamos también su fruto.

Amén